

Qué daríamos los capitalinos por unos cuantos días así al año.



## RESACA NAVIDEÑA



Así lució la capital del país luego de la nochebuena, que dejó un saldo de siete lesionados en percances automovilísticos. La SSP capitalina informó que en las pasadas 24 horas se detuvo a 72 ciudadanos por diversos ilícitos, así como sobre la muerte de una persona por disparo de arma de fuego ■ Foto Roberto García Ortiz

MIRNA SERVÍN

■ 33

## Listo el programa para el encuentro “Comandanta Ramona”

■ Se realizará en el *caracol* de La Garrucha del 28 al 31 de diciembre y estará dedicado a las mujeres

HERMANN BELLINGHAUSEN

■ 10

### columnas

ASTILLERO • JULIO HERNÁNDEZ LÓPEZ	4
DINERO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE RAHME	14
MÉXICO SA • CARLOS FERNÁNDEZ-VEGA	24

### opinión

JOSÉ STEINSLER	18
ARNOLDO KRAUS	18
LUIS LINARES ZAPATA	19
ALEJANDRO NADAL	23
ANA MARÍA ARAGONÉS	28
JAVIER ARANDA LUNA	5a

## Las abuelas

■ JOHN BERGER

Esta carta forma parte de un libro inédito que reúne las misivas de A'ida, una farmacéutica, a Xavier, encarcelado por defender sus ideas

Mi guapo:  
Esta noche escuchas en tu celda mis palabras mientras escribo. Estoy sentada en la cama. Tengo el cuaderno en las rodillas.

Si cierro los ojos veo tus orejas, la izquierda sobresale un poco más que la derecha. Mi mejor amiga en la escuela alegaba que las orejas de los humanos son como diccionarios y que, si sabes cómo, puedes buscar palabras en ellas. Límpido, por ejemplo. Límpido.

No voy a mandarte esta carta, pero quiero decirte lo que hicimos el otro día. Tal vez no la leas hasta que ambos estemos muertos. No, los muertos no leen. Los muertos son lo que permanece de lo que alguna vez fue escrito. Mucho de lo escrito queda reducido a cenizas, pero los muertos están todos ahí, en las palabras que se quedan.

Sonó mi teléfono móvil y era la voz entrecortada de Yasmina –los pinzones chirrián así, veloces, cuando su árbol está en riesgo– para decirme que en el distrito de Abor un *Apache* sobrevolaba en círculos la vieja fábrica de tabaco,

donde siete de nosotros se escondían, y que las vecinas –y también otras mujeres– se preparaban para formar un escudo humano en torno a la fábrica y sobre el techo, para evitar que los cañonearan. Le dije que ahí estaría.

Colgué el teléfono y me quedé quieta, y no obstante era como si corriera. El aire fresco me golpeaba la frente. Algo propio de mí –pero no mi cuerpo, tal vez mi nombre A'ida– corría, hacía virajes repentinos, se remontaba o hundía en los desniveles volviéndose imposible de avistar o que le apuntaran. Tal vez un pájaro liberado tiene esta sensación. Una especie de limpidez.

Para el momento en que llegué, ya se habían instalado en el techo plano veinte mujeres, y agitaban sus pañoletas blancas. La fábrica tiene tres pisos –como tu prisión. En la planta baja, hileras de mujeres, de espaldas a los muros, rodeaban todo el edificio. Aún

no se avistaban tanques, jeeps o Hummers. Así que anduve desde el camino cruzando el erial para juntarme con ellas. Reconocí a algunas mujeres y a otras no. Nos tocábamos y nos mirábamos en silencio, entre nosotras, confirmando lo que compartíamos, lo que teníamos en común. Nuestra única salida era convertirnos en un solo cuerpo todo el tiempo que nos mantuviéramos plantadas ahí, negadas a movernos.

Oímos regresar el *Apache*. Volaba despacio y muy bajo para amedrentarnos y observarnos, y su rotor de cuatro hojas chantajeaba las corrientes para mantenerse en el aire. Escuchamos el familiar retumbo del *Apache* –el retumbo de ellos al decidir y el de nosotras al correr buscando refugio para escondernos– pero no esta vez. Podíamos ver los dos misiles *Hellfire* alojados en sus sobacos. Podíamos ver al piloto y a su ar-

tillero. Podíamos ver sus diminutas armas apuntándonos.

Frente a la derruida montaña, frente a la fábrica abandonada que fuera utilizada como hospital provisional durante la epidemia de disentería de hace cuatro años, algunas de nosotras estábamos prontas a morir. Cada una de nosotras, pienso, tenía miedo, pero no por ella misma.

Otras mujeres se apuraban a bajar el sendero zigzagueante desde las alturas del monte Abor. Está muy empinado por ahí, ¿te acuerdas? –y no podían ver el helicóptero. Se sujetaban unas de otras y reían con nerviosismo. Era extraño oír su risa junto al zumbido rugiente del *Apache*. Miré la línea entera de mis compañeras, en particular sus frentes, y quedé convencida de que algunas sentían algo parecido a lo que yo había sentido.

A PÁGINA 16



“En el distrito de Abor un *Apache* sobrevolaba en círculos la vieja fábrica de tabaco, donde siete de nosotros se escondían y las vecinas se preparaban para formar un escudo humano”, dice la obra en una de sus partes ■ Foto tomada de Internet